

## TIEMPO E HISTORIA: UN APORTE BIBLIOGRÁFICO AL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO

Antes de iniciar la presentación del libro *El tiempo y la historia. Reflexiones interdisciplinarias*, publicado bajo la responsabilidad de los profesores Ricardo Ferrara y Carlos M. Galli y editado por Paulinas, quiero agradecer tanto a editores como a colaboradores el que me hayan confiado la tarea privilegiada de ser presentador del volumen, porque gracias a ello he tenido la oportunidad no sólo de contarme entre sus primeros lectores sino asimismo de poder participar de una doble satisfacción: la de compartir el placer intelectual de su lectura crítica y la de haberme beneficiado de la riqueza de muchos conocimientos e ideas que circulan por sus páginas y que previamente desconocía.

El libro *El tiempo y la historia* se compone de un prefacio y once capítulos a cargo de trece colaboradores. Sus reflexiones son asimismo “interdisciplinarias”, es decir, que no se comunican entre sí externamente, por yuxtaposición, sino que se complementan unas con otras por la mutua intercesión de los objetos de estudio tratados. Se ordena la recopilación según seis sectores afines en relación con la teología, la filosofía y la historia.

De este modo la organización material del volumen de acuerdo con su contenido describe una parábola unitaria que se cierra en círculo: comienza por una síntesis teológica, muestra las notas de predominio conceptual, escriturario y de tensión temporal que la definen objetivamente, se introduce en las profundidades de la persona y surge nuevamente a la luz a través de la historia colectiva, individual y socialmente compartida desde el enfoque de una teología profética de la historia.

En el desenvolvimiento de los momentos enumerados le corresponde hacer la entrada a Mons. Ricardo Ferrara, teólogo e investigador relevante de la filosofía de Hegel. Su colaboración lleva por título “Tiempo, historia y eternidad”. El misterio de la encarnación del Verbo o Hijo de

Dios envuelve la triple dimensión del tiempo, la historia y la eternidad. Siendo así que su proclamación y enseñanza es una constante dentro del magisterio eclesial de Juan Pablo II, acrecentadas en las intervenciones y alocuciones de las festividades de Navidad y Año Nuevo, las celebraciones del Jubileo del año 2000 y el advenimiento del nuevo milenio.

La orientación del mensaje reclama, por lo tanto, conjuntamente la reflexión filosófica y teológica sobre su apretado contenido.

La concepción de la temporalidad interpretada como “medida del movimiento”, bien sea cíclico o físico-teleológico (Aristóteles), entra en conflicto con la de su vivencia y entendimiento como “duración” (Agustín de Hipona), incluso con sus formas de acuñación contemporáneas guiadas por la expectativa (M. Heidegger). La concepción del tiempo histórico, sin embargo, que concilia la exterioridad de la historia acontecida o sucesión de acontecimientos con la interioridad de la historia relatada, superaría la aporía de la temporalidad antes apuntada (P. Ricoeur).

Pero el acontecimiento, además, es genuinamente “histórico” cuando tiene repercusión pública y no tanto en la intensidad de sus reflejos cuanto en la profundidad de sus efectos, o sea, cuando anhela permanencia y universalidad. En este sentido de aspiración estable se dice que “marca época”, porque la época, de *epoché*, suspende el tiempo de la “edad”, genera un paréntesis cualitativo en su dilatación temporal laxa otorgándole determinación y singularmente con la humanidad total, la etapa plena y definitiva de la encarnación del Verbo, que muda lo que podría ser “la época cristiana” en “era cristiana”, medida del tiempo histórico cuyo eje es el Cristo temporalizado, inicio de un tiempo no transitorio sino final o escatológico. O sea, impregnado de eternidad.

Y hemos de admitir también que la intuición de la “eternidad” en relación con el *holam* hebreo, los dos *eones* de la época judeohelenista y el eón o *aei-on* (“lo que siempre es”) plotiniano adquiere perfección en el *aevo* cristiano como “la posesión total, simultánea y perfecta de una vida interminable”, como dice Boecio, habiendo trocado la *sucesión del infinito potencial* en la plenitud del infinito actual. Ya no es el tiempo el que mide la eternidad, sino que esta es medida del tiempo. Y lo que el 2º Isaías y los Salmos prefiguraban llega a la completitud de *El que es* en la plenitud del tiempo. Tiempo salvífico por excelencia, de gracia y de verdad, que participa tanto de la fluencia temporal como de la duración constante de la eternidad divina.

Se trata, entonces, del *evo* o era cristiana, cuyas realidades tienen comienzo en el tiempo pero que no se acaban. La referencia sobre la que gi-

ran estas entidades es, sin duda, la plenitud de los tiempos concretada en el Hijo de Dios encarnado.

Pero de sumo interés tanto para la filosofía como para la teología cristianas es poder mostrar racionalmente cómo sería posible que lo duradero se transforme en eterno. Las nociones de participación y analogía vienen en este punto en ayuda del autor recordando la relación proporcional enseñada por santo Tomás: “El alma es medida por el tiempo en cuanto al ser que la une al cuerpo aun cuando sea medida por el evo en cuanto sustancia espiritual”. Es decir que de acuerdo con las medidas proporcionales; así como el cuerpo es al alma y el alma a la sustancia espiritual, del mismo modo el tiempo es al tiempo escatológico y el tiempo escatológico a la eternidad.

Ha de admitirse que desde el mirador de la ciencia teológica que asimila a la filosofía, el aporte de Mons. Ferrara aspira a un ideal de conceptualidad exhaustiva.

El apartado siguiente se mueve en el marco de la filosofía y de la investigación filosófica. Son dos aportes estrechamente relacionados, y asimismo dan soporte al trabajo de Ferrara.

Héctor Mandrioni, filósofo e investigador filosófico, al escribir sobre “Historia y tradición” caracteriza la historia con tres conceptos básicos: posibilidad, tanto activa como receptiva, y libertad. Por el ejercicio de ésta hay acontecimientos que son los productos de las potencialidades antedichas. El acontecimiento, entonces, es lo propio de la historia y en él se unen la singularidad y el sentido de los actos humanos, pero de modo intenso o relajado según la decisión e iniciativa de la libertad.

La singularidad, irreversibilidad, multiplicidad e incluso universalidad en relación con la disposición receptiva de las acciones humanas están sujetas a la anterior condición.

El hombre vitalmente impulsado y sostenedor de ese impulso en su mundo propio es tanto afectado por los acontecimientos como por el origen de ellos; de este modo la historicidad le es intrínseca y la experimenta temporalmente en la condición temporal, que Plotino y san Agustín, según la interpretación de P. Ricoeur, explicaron como la tensión de un presente cuya tirantez se dilata entre un pasado que ya no es y un advenir que todavía no es. Dicho con una formulación apretada actual: “Espacio de experiencia y horizonte de espera”. Y en esta experiencia durativa del presente en la que subyace la vivencia de la temporalidad fugitiva se va cumpliendo el curso de los acontecimientos como el “obrar de la historia”.

Ahora bien, ante la temporalidad del ser humano, es su capacidad de rememoración la que hace posible la historia como memoria y articulación de relaciones de sentido. Queda, sin embargo, en relación con esta misma fuerza recurrente la fractura que se produce entre el relato mítico y el relato discursivo. San Agustín ya orientó hacia una solución mudando la circularidad cosmológica temporal por la del tiempo vital con sentido capaz de permanecer ante su connatural fluencia. P. Ricoeur lo confirma ahora al reflexionar sobre el tiempo calendario, síntesis del cosmológico y del existencial.

Temporalidad e historia aproximan lo que pasa y lo que queda. Lo que transcurre es tal en relación con lo que no pasa y lo que aspira a permanecer en el tiempo es la “tradicición”.

Por eso, en P. Claudel “tiempo es el sentido de la vida” y la “tradicición” como transmisión mediadora cubre humanamente los intervalos que separan los acontecimientos cuando hay disposición receptora epocal y la decisión innovadora se impulsa sin romper con esta disposición. Son los proyectos del presente los que seleccionan y actualizan las potencialidades del pasado sin anular la continuidad. Se supera de este modo la distancia en el tiempo y se respeta la historia como “historia viviente”, continua y siempre abierta al sentido, sentido sometido a la crítica y que es la raíz de la creatividad, fecundadora de la iniciativa.

Y si nuestro tiempo es “época de crisis”, es porque en ella el “horizonte de espera” se aleja cada vez más y el “horizonte de experiencia” se estrecha. Se vive en lo instantáneo, un presente sin densidad, sin la presencia de un pasado vitalizador ni la incitación de un futuro de esperanza. El abismo que se abre en nuestros días entre el mundo de la tecnociencia y el de la vida ilustran la situación. Los fondos de la estricta filosofía, empero, sin recurrir a otras instancias, poseen reservas para indicar algo al respecto y las apelaciones de Heidegger al decir poético, de Husserl convocando a los orígenes racionales de Occidente y de J. Ladrière cuando advierte que los deseos humanos que concretan los logros de la tecnociencia son simples “medios” hacia un fin superior, la felicidad, ofrecen señales para tomar rumbo en un horizonte de sentido ilimitado, mediado por la esperanza.

R. Walton, académico e investigador principal del CONICET, concentra su estudio sobre P. Ricoeur y sus pródromos intelectuales en el “espacio de experiencia” que en tanto que encierra la dimensión del pasado y el horizonte de espera (R. Koselleck) y el ámbito de iniciativa, permite dar una respuesta desde el tiempo histórico, acontecido y colectivo, a la fisura abierta entre el tiempo cósmico de sucesión de momentos ho-

mogéneos y el presente viviente de carácter subjetivo. El espacio de experiencia, que conjuga donación eficaz con receptividad, concentra, por lo tanto, la transmisión de sentido en su aspecto de tradicionalidad, las tradiciones y el privilegio que se pueda otorgar a alguna de ellas como verdad. Además, la transmisión de sentido es concatenación de interpretaciones, medio hermenéutico constituido por el texto, la apropiación y distanciamiento y su interpretación a través del círculo hermenéutico. Aclara el autor asimismo que el esquema presentado posibilita la aplicación a la hermenéutica bíblica y a la tradición cristiana sobre la base de que estos escritos sagrados se inspiran en una economía del don. Con estas expresiones nos internamos más a fondo, como lo comprenderán ustedes, en el núcleo interdisciplinario del libro desde la vertiente filosófica.

Progresivamente va desarrollando Walton la síntesis anticipada en cada una de sus partes: “espacio de experiencia” que habla de densidad pretérita y de la conjunción y superación del espaciamiento con la integración de la experiencia acumulada en donde asimismo se capta la presencia de lo histórico como realidad efectiva o efectuante; “horizonte de espera” que abarca las anticipaciones privadas y comunes del futuro, el futuro hecho presente. “Ámbito de iniciativa” que revela el presente que articula espacio de experiencia y horizonte de espera como categoría de padecimiento y actividad, potencia capaz de desprenderse del peso de la historia y reinterpretar el pasado transmitido. Las dos primeras categorías son trascendentales de la historia, como condiciones de posibilidad para que el hombre piense la realidad como histórica: historia realizada, dicha o escrita. Ellas orientan el ámbito de iniciativa para que se preserve la historia.

Ahora bien, existe una relación entre el futuro y el pasado de manera que a mayor horizonte de espera corresponde superior sensibilidad de afección hacia el pasado y la “imaginación” es la que opera en esta competencia. Este juego entre receptividad y eficacia de la tradición abre las tres modalidades de esta última: la tradicionalidad, que es otro de los trascendentales del conocimiento histórico, es mediadora entre pasado y futuro operando una función de distanciamiento y no distanciamiento, porque el intervalo de transmisión propio de la tradición es vivo, pero admite tanto la separación como la mediación que aproxima. Tanto, pues, el pretérito perimido como la contemporaneidad postulada por la hermenéutica romántica quedan excluidos. Hermenéuticamente funciona aquí la “fusión de horizontes”. Se conjuga continuidad y discontinuidad de la historia con la inagotabilidad de sentido que conlleva apertura al pasado y novedad.

Pero la tradición transmite contenidos de sentido, luego materialmente no hay tradición sino tradiciones, y estas se adaptan a la formalidad tradicional de la transmisión que media entre la distancia y la aproximación. Esta transmisión de contenidos posee estructura lingüística, porque el lenguaje como factor institucional siempre nos ha precedido. Hay pasado histórico eficaz porque hay textos del pasado. Lo que la conciencia histórica recibe eficazmente son textos del pasado transmitido: “El pasado nos interroga en la medida en que le preguntamos y responde en la medida en que le respondemos”.

Empero, puede entenderse asimismo “tradición” como apología de una tradición a la que se reconoce y se le confía autoridad, pero se trata de una “pretensión de verdad” en el orden de la verdad posible, y si no se observa el distanciamiento la tradición se torna inerte. Las vicisitudes de la tradición y la pluralidad de tradiciones convivientes vendrían en abono de estas reflexiones.

En la tradicionalidad actúa la hermenéutica como productiva de interpretaciones, ya que comprende e interpreta lo transmitido. Metida en este proceso, la hermenéutica como disciplina descubre sus condiciones y establece sus reglas.

Hay, pues, un mundo del texto, pertenencia y distanciamiento, comprensión de sí y círculo hermenéutico.

El texto significa, se ofrece al lector y encierra un sentido posible. Es necesario suspender el juicio en relación con el lenguaje descriptivo para que ese sentido se manifieste con mayor amplitud, como mundo imaginativo. Se amplía de este modo el ámbito de la realidad cotidiana y la posible aparición de un mundo nuevo.

Pero el distanciamiento entre las realidades históricas es el móvil que flexibiliza la pertenencia a una tradición e impide que ésta se fije, como la epojé fenomenológica al aplicarse a la vivencia es más fiel a la intencionalidad, transformada en proceso de interpretación y reinterpretación. Estas observaciones tienen sus consecuencias frente al objetivismo metodológico del saber histórico, que no puede evadirse de la condición histórica, sino que la investigación metódica propia de la conciencia historiográfica debe integrarse en la hermenéutica.

Ante el texto, sin embargo, que se ofrece e interpela, el lector no es indiferente: comprende e interpreta apropiándose en la comprensión que lo transforma, permitiendo la desapropiación, la pérdida de la identidad individual para ganar en identidad histórica total por intermediación de la cultura.

De este modo el “círculo hermenéutico” no equivale a la fusión de conciencias del intérprete con el autor sino a “fusión de horizontes”, por el que el mundo del texto, una vez que al irlo comprendiendo cambia mi primera intención en interpretación, se proyecta sobre la comprensión primera y la transforma en una nueva manera de intención que me pertenece.

Ahora bien, el análisis que descubre la contextura de la hermenéutica filosófica que es general la muestra como diferente a la hermenéutica bíblica, que es regional por su objeto, pero asimismo, por su constitución interior, de nivel superior.

El mundo del texto bíblico se constituye desde la perspectiva de una economía del don. Esto significa que ante la historia profana que acumula aciertos y desaciertos y que en el nivel existencial hace aflorar la culpabilidad, el cristiano advierte el sentido que le ofrece una “historia sagrada” y simbólica, en la que Dios da gratuitamente al comienzo y se revela como fuente de posibilidades desconocidas que se pueden alcanzar mediante un comportamiento equivalente de entrega. En el transcurso se dan asimismo los dones de la Ley y el sacrificio de Cristo. La lógica de la sobreabundancia se impone sobre la de la equivalencia y por eso se puede resolver en lógica del amor a Dios y a los demás.

Por otra parte, en la relación distanciamiento-pertenencia, el primero reclama exégesis científica, lo que no se opone al magisterio y la tradición interpretativa cristiana, y la segunda a la fe confesante o comprometida con la creencia. La interpretación científica, basada en la crítica textual y el método histórico-crítico, no contradice a la fe confesante, sino que contribuye como un factor de enriquecimiento para ella, como legítima heredera y conservadora del texto. Se combina de este modo sin estridencias la incorporación del distanciamiento a las posibilidades del sentido religioso cristiano.

De este modo la misma historia del texto bíblico leído en comunidad pondría a luz los condicionamientos de la apropiación y del círculo hermenéutico. Porque los textos del Pentateuco y afines, propiamente denominados de la *Torah*, conservan una lectura histórica que no se anula, sino que la perspectiva profética y sapiencial transforma y alcanza plenitud en el mensaje cristiano, siendo una interpretación interior al círculo hermenéutico. Es la Palabra la que funda la Escritura al comienzo y en su completitud crística, pero asimismo es la Escritura la que revela a la Palabra en el tiempo.

El texto invita a la capacidad de comprensión que es finita, pero su simbolismo da sentido a la vida y es exegéticamente interminable. La Palabra se impone por todos sus niveles, amplía la interpretación y fecunda la apropiación. La Palabra convoca y pide una respuesta que incluye la posibilidad de “acrecimiento de la inteligencia, pero también del valor y del regocijo”.

Los dos artículos que componen la III parte tratan de “Los fundamentos bíblicos” del tiempo y la historia. Un biblista de la envergadura del P. Luis H. Rivas expone en el trabajo “La historia de la salvación o la salvación en la historia”, una disyunción de naturaleza inclusiva. Hasta fines de la década de los ‘60, la concepción cristiana de la historia concebida como historia de la salvación por fuerte influencia de Ireneo de Lión se impuso en los medios exegéticos y académicos, bien es cierto que con altibajos y deficiencias. Estas mismas vicisitudes son el reflejo de la debilidad de un enfoque exclusivista, de modo que puede concluir el autor: “Una exposición actual de la ‘historia de la salvación’ deberá partir de la interpretación religiosa de la historia de Israel y de la lectura de los hechos y palabras de Jesús que el Nuevo Testamento hace desde la fe. Sin descuidar el valor paradigmático que tiene esta ‘historia’ y el papel singular que estos hechos tienen para la salvación, se debe hacer el esfuerzo para leerlos dentro del horizonte de la historia universal” (p. 91).

El P. Víctor Fernández, doctor en Teología y profesor de Teología Dogmática, con el trabajo “La experiencia del momento presente”, entrega al lector una meditación sobria y madura sobre el valor de la vivencia del tiempo presente, una densidad que reclama su degustación. Apoya su enseñanza en una lectura altamente positiva del Eclesiastés, que se extiende por otros pasajes seleccionados: veterotestamentarios, de los Evangelios, paulinos y de la teología clásica, haciéndose hincapié en el gozo de la vida como don divino y la integración entre lo corpóreo y lo mental, porque Dios ama la felicidad del hombre. El ocio no debe confundirse con la pereza, porque gracias a él el hombre conquista una forma más alta de atención, celebra el gozo de estar vivo en relación con lo creado y le da la conveniente magnitud de gratuidad en las fiestas. El sentido festivo propio de los pobres de algún modo anticipa una experiencia que es de naturaleza escatológica. Puede concluirse que no es posible amar si no nos amamos y que el lenguaje paradójico del *Qohelet* es un eficaz antídoto contra la falsa vivencia del momento sin densidad que propone el inmediatismo posmoderno.

La IV parte sobre “Plenitud cristológica y tensión escatológica”, contiene sendas relaciones del P. Antonio Marino, doctor en Teología, profesor de Teología Dogmática y director de la Biblioteca de la Facultad de Teología de la UCA, y de Mons. Pablo Sudar, doctor en Filosofía y Teología, licenciado en Ciencias Bíblicas y profesor de Teología Dogmática y Pastoral. Escribe el primero sobre “Cristo, Señor del tiempo”, en donde expone los diversos niveles del señorío de Jesús, el Cristo, Mesías, Hijo y Señor, celebrado por la liturgia y reconocido discursivamente a través de su glorificación en su triple dimensión de preexistencia, divinidad y encarnación que inaugura y sostiene la plenitud y tensión del tiempo escatológico según lo registran la Escritura, la exégesis Patrística y la teología posterior. En este sentido el P. Marino examina y corrige algunas interpretaciones en relación con la enseñanza de Tomás de Aquino sobre la encarnación y rescata la originalidad de Pierre Teilhard de Chardin en conexión con la dimensión cósmica de la cristología.

Mons. Sudar, en su colaboración sobre “Los días del Verbo. Jesucristo ‘comienzo, camino y término de la historia’” distingue la filosofía de la historia de la teología de la historia y caracteriza a esta última como: “La reflexión sobre las inmanentes estructuras fundamentales de la historia de la salvación y sus implicaciones teológicas en el campo histórico”. Desde tal ángulo de visión Jesucristo es el centro que fundamenta tanto la historia como la teología de la historia, porque con su encarnación ha calificado el tiempo y es así raíz y norma de los acontecimientos, medida de ellos y del hombre. Este significado revelado en Cristo implica ante él la decisión objetiva del hombre de modo que la cristología se torna plena para el ser humano con la soteriología que implica la salvación en Jesucristo. Pero la plenitud de mostración divina en Jesucristo se revela en los actos de entrega sin resistencia al Padre expresada sucesivamente en su vida por la oración hasta la Pascua. La reflexión cristológica en la historia lleva a meditar en su profundidad trinitaria tanto en esta como en la interioridad divina. Y desde la vida trinitaria Jesucristo, al participarla, no destemoraliza el tiempo, sino que le otorga permanencia. El Cristo trinitario es el paradigma que frente a los accidentes del integrismo y el secularismo mantiene el camino histórico-salvífico en América latina concretándose como un itinerario histórico que se centra en la eucaristía.

La V parte del volumen se consagra a “Perspectivas de la teología moral”. En los dos artículos que la componen descuello el tratamiento de la interioridad humana en relación con el misterio cristiano.

El profesor Fernando J. Ortega, bioquímico, doctor en Teología y estudioso de temas de arte, en un fino análisis sobre “Memoria y esperanza I: un itinerario divinizante”, gira desde lo externo de la historia a la historia o autobiografía de la interioridad. Olvido, memoria y esperanza son las nociones que marcan el camino del alma hacia Dios sumida en el tiempo y la fugacidad. El modelo del ascenso purgativo, iluminativo y unitivo es el doctor de la mística cristiana, san Juan de la Cruz, y sus ecos los que registran sus poemas líricos. El Dr. Ortega rescata el valor de la memoria como facultad integrativa del tejido anímico, que en cada grado de ascenso olvida lo que la entretenía y dispersaba en lo ajeno y gana en intensidad de recuerdo, modo de concentración que la potencia, que la hace convivir con la esperanza y aspirar a la presencia divina en la que la desmemoria y el olvido no tienen cabida, porque la imagen de Dios en la sustancia del alma brilla con limpidez.

Se trata este de un artículo que, como en el ejemplo al que asistimos al tratar la II parte de esta misma compilación, sirve de ingreso al siguiente: “Memoria y esperanza II: un pensamiento del exceso”. En esta colaboración Mons. Eduardo Briancesco, estudioso de Anselmo de Canterbury, cuyas investigaciones han rebasado nuestras fronteras, no sólo nos sigue conduciendo por las avenidas que llevan a la profunda interpretación de los escritos del Maestro Eckhart, sino que asimismo ofrece una novedad que hemos de definir como de audacia intelectual, al ampliar nuestro horizonte de comprensión del “tiempo y la historia”, sumergiéndonos en el océano de lo “no consciente”.

La colaboración se articula en tres partes. La primera versa sobre “la cruz hermenéutica”, clave de interpretación por la que el cristiano responde en el tiempo al llamado divino horizontalmente desde el éxodo-éxtasis y verticalmente desde el exilio-exceso, de modo que los extremos últimos se vayan uniendo. La segunda parte de la intervención, al aplicar la ecuación hermenéutica, exige que la atención del ejercicio intelectual debe estribar en tratar de comprender y expresar discursivamente la esencia de una paradoja eminentemente cristiana, en la que a la vivencia inmediata del recibir subyace otra experiencia previvenciada, la de la sobreabundancia e ilimitación que ocultamente late en el don aceptado. Y cuando la experiencia es vivida en su fondo genuino la reacción es doble: desposesión para poder ser fiel a la recepción del don, pero más todavía, ejercicio de desposesión sin pausa para ser realmente idóneos ante la actividad dominante libre de limitaciones: la experiencia del don adquiere de este modo

una modalidad vivencial de *énstasis*, de “estar realmente en sí”, que se desdobra en *éxtasis*, “estar fuera de sí”, escapando siempre hacia el exceso. Mientras que la *scintilla animae* mira a la *unio*, la unión, a su vez, está presente en el ápice del alma. Y si captar o pensar lo descrito es difícil, inefable es el poderlo expresar; la celebración gratuita e inagotable de la “acción de gracias” es la que se impone. Plegaria de gozo y gratitud que es la prueba de este cúmulo de sentidos que mueve a la experiencia itinerante de desposesión y posesión de los místicos cristianos (anonadamiento del Maestro renano y *epéktasis* de Gregorio de Nyssa), pero también, aunque menos aquilatada, vivencia diaria del creyente común orante.

Pero la potencia mística que desborda en la experiencia del éxtasis y el exceso sopla adonde quiere y así lo podrían ratificar ciertos “sondeos fenomenológicos” que hacen estallar la hermenéutica y que le han sido inspirados al autor por los estudios de Alain Didier-Weill. El fondo más profundo del espíritu emergería con su propia lengua, purificadora del lenguaje signifiante en el sujeto no consciente, y la dialéctica lacaniana del deseo se adaptaría dócilmente a la experiencia de lo inefable insinuado como horizonte del exceso. Efectivamente, el deseo que se agota en el objeto deseado es caricatura de deseo. La deseabilidad del deseo implica una potencia activa que escapa a toda posesión y es fuente de todo deseo, más allá de toda configuración y carácter atractivo. La fuente oculta del deseo como el Bien supera a toda esencia, belleza y verdad, que son sus dones, y no el *plus* inagotable del que ellas emanan como sus definiciones o signos en el agua. Así lo enseñó también Plotino, por eso la experiencia de unión es simple toque, contacto súbito de la raíz del alma y el Bien es lo mismo que el Uno, indecibles por sobreabundancia, cuyo régimen de emisión se puede sólo ilustrar enigmáticamente mediante lo más preciso que alcanza a pensar y decir la mente humana: la ciencia pitagórica del número.

El volumen se cierra con la VI parte dedicada a “La interpretación de la historia”. Mons. Juan G. Durán, titular de Historia de la Iglesia, y dos de sus colaboradores inmediatos, los presbíteros Dres. Ricardo Corleto y Fernando Gil, en primer lugar, son los autores del artículo “El año jubilar: confesión de culpas y pedido de perdón”. El estudio ofrece dos niveles de aportes. Uno de ellos articula una síntesis precisa sobre lo que es la historia como saber científico y las características necesarias del método de aproximación científica a los acontecimientos del pasado que la deben acompañar, el histórico-crítico, para que los resultados de las investigaciones que se emprenden caigan dentro del marco de la ciencia histórica. El

otro plano, presuponiendo el anterior, ofrece las razones que justifican históricamente la confesión de culpas del pasado y pedido público de perdón a Dios por parte de la Iglesia a través del Sumo Pontífice y de altos dignatarios eclesiásticos designados para tal fin. Se tienen en cuenta, después del dictamen de los investigadores, dos fenómenos históricos del pasado: La Inquisición, particularmente la medieval, y la evangelización forzada de los infieles, especialmente según se llevó a cabo en América.

Este artículo no sólo entra en diálogo provechoso con los trabajos de filosofía de la historia del comienzo del volumen, sino que asimismo, es un espacioso vestíbulo para que el lector ingrese con buen ánimo en el estudio final de la recopilación, debido a la pluma del P. Carlos María Galli, uno de los editores del volumen, doctor en Teología y vicedecano de la Facultad de Teología. En “La interpretación teológica de los signos de los tiempos” se detiene en reflexionar sobre el discernimiento teológico del presente secular, tomando por centro a Cristo, porque él es el Signo por excelencia entre los signos y clave, por lo tanto, para distinguir nuevos sentidos dentro de la complejidad de los acontecimientos actuales. Dentro de una teología de la historia salvífica universal los signos de los tiempos que pertenecen al orden de los acontecimientos humanos comunes revelan un sentido sacramental y se ofrecen en dos niveles, uno en el antropológico cultural, en el que es posible discernir los sentidos simplemente humanos de las acciones colectivas y otro, en el nivel teológico, en el que se hace una lectura en relación con el designio de Dios en la historia cumplido plenamente por Cristo y que se ofrece de este modo como la clave de interpretación para descubrir nuevos sentidos. Es, por lo tanto, la fe que imita la acción de Cristo la que permite hacer efectiva esta lectura profética que tiene su ámbito en el ejercicio teológico-pastoral; donde se combinan la atención a los hechos y su juicio con la oración, tomando siempre como horizonte de interpretación histórica la actividad de Cristo.

Se trata de un libro, en fin, que nos confirma, pese a todos los inconvenientes de los tiempos presentes, que el trabajo, el cultivo de la inteligencia, el diálogo y la comunicación abierta de las ideas siguen siendo medios apropiados para descubrir que Dios ha pasado por la historia y sigue presente en su desarrollo, esperando siempre con fidelidad que el hombre, en cualquier situación, responda a su llamado.